

ornamental de aquellos nervios anudados y enlazados muy con otros, que adornan el rico muro por cerca de las puertas de la sacristía y de la subida a las tribunas y también por los fondos de las hornacinas de los altares? Se salen de la pared, como llamando con vanidad infantil la atención del espectador, para que los mire y los aplauda. Parecen el cordaje de un buque, maromas de cáñamo flexibles; no parecen de piedra. Yo me quedo encantado mirándolos, y experimento cierta emoción de temor análoga a la que me causa los funámbulos que andan en los circos por un alambre; que pienso si se caerán al poco. De igual modo, trasportándome al tiempo de la ejecución de esos detalles, me figuro al tallista de tales primores dando golpes de escoplo o empujones de gubia, y tiemblo a cada instante no se rompa la piedra... ¿Y las guarniciones voladas de los arcos rebajadísimos de las Capillas...; y todo, en fin...?

Esos arcos tan rebajados y tan delicados de las capillas y de las tribunas, y los arquillos pareados de los *ajimeces* ciegos que hay más arriba, comparadlos en su forma con los arcos ojivales de la puerta de los Apóstoles, y notaréis la distancia que va de aquel tiempo, de aquel gusto, a este otro. Ya no son los mazonos de la Edad Media, aquellos *agermanados* canteros que traían sus secretos de las *márgenes del Rhén*, los traicistas y constructores de esta recamada Capilla del Marqués; son maestros y obreros españoles, quién sabe si moriscos algunos, pero influidos ciertamente en su gusto, por el gusto oriental de los afligranados palacios andaluces. Tanto más cuanto que estaba reciente el triunfo de Granada, el final vencimiento y despojo de la raza *muslime*, en cuya gloria, podían llamarse a la parte los Fajardos por sus victorias de los Vélez y de los Alporchones, y el mismo D. Juan por sus hazañas de la Vega.

El carácter señorial y ostentoso de gloria militar y nobiliaria, que «el magnífico D. Juan Chacón», Fajardo

